

EL DUELO EN LA INFANCIA Y LA FUNCIÓN DEL OTRO

Javiera Díaz-Valdés Iriarte¹

Hablar de duelo nunca es fácil. Probablemente con sólo escuchar la palabra aparezcan recuerdos y experiencias que no son indiferentes para nadie. Por el contrario, se puede reconocer que su recorrido implica un trabajo que, como se verá a continuación, no está exento de dificultades y tensiones para el sujeto.

En el trabajo clínico con adultos es usual observar que los procesos de duelo, si bien son dolorosos y requieren de una serie de movimientos psíquicos, son procesos que arriban sin necesariamente transitar por algún estado patológico. Como señala Freud (1920) no es usual que se consulte con el médico ante un evento como este, sino que se tiende a dar espacio al tiempo y a una serie de arreglos

familiares (ritos, formas de despedida, etc.) que hacen de soporte al duelo.

Pero ¿qué sucede en la infancia? Muchas veces para un niño, la pérdida de un ser querido conlleva un impacto profundo, donde la realidad asume un carácter intenso y excesivo, que desafía las posibilidades de tolerarla. Si bien, al igual que el psiquismo adulto, el del niño se ve llamado a realizar un trabajo de duelo, el escenario no es el mismo, a condición de que se encuentra en proceso de constitución (Bleichmar, 1984). Esto quiere decir, que, en sus orígenes, el psiquismo infantil en sí mismo realiza un arduo trabajo, el cual, a la vez, depende de la presencia del otro como facilitador y garante de este proceso.

1 Psicóloga, Universidad de Santiago de Chile. Magíster en Psicología Clínica de Adultos- Psicoanálisis, Universidad de Chile.

Es a partir de esta función del otro, que en ocasiones los padres u otros adultos significativos sí consultan, ya que es desde el lazo que se tiene con el niño, que se levanta una sospecha ante las dificultades que un duelo pueda estar acarreado para este psiquismo en constitución y la posibilidad de que este culmine en un estado patológico o incluso, traumático.

A partir de lo anterior, surge la pregunta: ¿de qué depende que el proceso de duelo en la infancia se resuelva y que no devenga en un estado patológico o quizás traumático? Tomando esta pregunta como directriz, se propone reflexionar en torno al proceso de duelo en la infancia a partir de un caso clínico. Para esto se expondrá brevemente el caso de Nicolás y se lo analizará a la luz de la teoría psicoanalítica y de la clínica de lo traumático. Finalmente, se señalarán algunas conclusiones respecto del proceso de duelo por la pérdida de un ser querido en la infancia como resultado del análisis del caso expuesto.

Un niño y la muerte de su abuelo

Nicolás, de 7 años, consulta acompañado por sus padres, quienes refieren que el niño se encuentra irritable, muy sensible, con cambios de humor bruscos y muy desobediente. En el colegio ha bajado sus notas, no quiere trabajar y ha comenzado a tener problemas con sus compañeros porque estos lo agreden y él no se defiende. Se muestra pasivo ante las agresiones y demandas de los otros, lo que lo ha vuelto vulnerable en el espacio escolar.

Sus padres atribuyen estos cambios a que hace un mes murió su abuelo materno, quien se encontraba afectado hacía más de un año por una enfermedad terminal. Refieren que era muy cercano a él. Incluso compartían el mismo nombre. Dada esta cercanía, Nicolás acompañó y participó de los cuidados de su abuelo, estuvo ahí en el momento mismo en que murió y se le pidió su opinión en decisiones como la elección del ataúd o la ropa que llevaría su abuelo el día del entierro.

La madre señala que su hijo y su padre mantenían una relación estrecha, ya que desde el nacimiento de Nicolás, ella con el niño habían vivido

en la casa de la familia materna porque se encontraba separada de su pareja. Luego de unos años, los padres de Nicolás retoman su relación y hace uno, habían decidido vivir de forma independiente junto a su hijo. Esto es situado por los padres y en especial por la madre, como un momento que marcó una inflexión en la trama familiar ya que, como ella dijo: *“desde que nos fuimos, mi papá se enfermó y yo me siento culpable por eso”*. Esta frase o derivados de ella, se repetirá en varias sesiones -tanto en el discurso de la madre como en el del niño- por la relación que ambos establecen entre la enfermedad del abuelo de Nicolás y la partida de su casa.

Al comenzar las sesiones, Nicolás no quería dibujar o jugar, sólo conversaba siguiendo las preguntas que se le hacían. De vez en cuando, comentaba algo sobre su colegio, su gusto por jugar fútbol – que parecía extraviado – o lo que hacía con sus compañeros, dejando entrever una relación distante con lo que sucedía fuera del ambiente familiar. Intermitentemente, irrumpían en su relato fragmentos asociados a la muerte de su abuelo. Estos parecían no relacionarse entre sí ni dar cuenta de momentos, sino que aparecían dispersos, sin seguir algún orden específico y siendo imposibles de abordar con mayor profundidad. Cuando se le hacían preguntas, por ejemplo, para precisar algún detalle, cambiaba de tema casi olvidando lo que acababa de decir. Los *“no sé”* o *“se me olvidó”* solían llenar el espacio transferencial.

Dentro de estos fragmentos se vislumbraban recuerdos asociados al momento en que murió su abuelo. Comentaba: *“cuando mi abuelo se murió mi mamá se cayó al piso, movía las sillas como si fuera a tirarlas. Mi abuela lloraba mucho”*. Este trozo de memoria contenía una carga afectiva difícil de procesar por el niño, que se hacía evidente en el tono que asumía su voz, en su mirada que, de pronto, quedaba congelada sobre la pared y en el silencio que lo embargaba luego de revivir ese momento en que su madre “cae” al suelo presa del dolor, y en el llanto de su abuela que parecía tener un efecto devastador en él.

En otra oportunidad apareció un nuevo frag-

mento de la experiencia en que se visibiliza lo acontecido ese día: “*Me llevaron al patio. Estaba con mi papá. Me pegaba en la espalda y me decía ‘cállate’*”. Nuevamente, la parálisis del tiempo en su expresión y el vacío con que dio cuenta de esos golpes en la espalda, permite pensar que algo que requería de su padre no llegó en dicho momento.

En otra sesión, mientras él comentaba lo que estaba viendo en la escuela, se quedó en silencio de pronto y, desconectándose de lo que venía hablando, dijo: “*A mi abuelo lo quemaron... Sus cenizas están en la casa... Hay una cajita y una foto... La foto es mía*”. En este fragmento que irrumpe y detiene el pensamiento, se confunde de quién es la foto. No sólo en términos de a quién pertenece, sino de a quién representa y la relación que guarda con las cenizas que están en la caja. Siguiendo la lógica anterior y con el transcurso de los meses, Nicolás comenzó a dar cuenta de experiencias sensoriales que son difíciles de situar, ya que el carácter vívido de las mismas lo confundían y asustaban. Señaló una vez: “*Tengo miedo. Mi abuelo me viene a visitar. A veces siento su olor*”.

En el mundo de los adultos, por su parte, las vivencias asociadas a la muerte del abuelo Nicolás no eran menos complejas, pero si ocurrían en registros diferentes o, tal vez, más usuales.

Luego del funeral, la madre y el niño regresaron a la casa de los abuelos maternos para acompañar a la abuela viuda. La madre en un comienzo señaló: “*no voy a dejar solos a mis papás. Siempre voy a estar con ellos*”, pero a medida que avanzó el trabajo con Nicolás y su familia, ella fue reconociendo que la relación con su madre era muy difícil y que seguían viviendo ahí sólo porque Nicolás no quería irse debido a que su abuela se había aferrado fuertemente a él. Al trabajar este gesto de aferrarse, apareció por una parte que la abuela de Nicolás parecía resistirse a la pérdida de su esposo a través de la retención de su nieto, mientras que, para Nicolás, en ese deber de estar presente se aparecía su necesidad de retener a su abuelo, pero con el costo de detener su proceso de duelo.

Por otra parte, el padre del niño reconocía estar muy afectado por la muerte de su suegro. Si

bien al comienzo de su relación con la madre tuvieron muchos problemas, con el tiempo habían construido un vínculo estrecho. Frente a Nicolás, buscaba estar presente, apoyarlo en lo que estaba viviendo, pero sus propios conflictos – asociados a su relación con sus padres – le dificultaban encontrar palabras o gestos que fueran efectivos. Señaló que entendía lo complejo que se había vuelto este proceso para la familia materna, pero que deseaba retomar la vida en familia que habían iniciado con su pareja e hijo en la casa nueva.

Para este punto del tratamiento, la madre señalaba sentirse sobrepasada, muy cansada. Debido a esto, en ocasiones, se molestaba con Nicolás haciéndolo callar si lo escuchaba llorar. Decía: “*Sé que tal vez no está bien, pero ya no sé qué más hacer*”. Pensaba que ella y el niño debían volver a su casa, ya que habían transcurrido meses desde la muerte de su padre, pero algo le decía que el niño todavía no podía separarse de sus cenizas ni de su abuela. Intuía algo de la fragilidad de este y temía que la muerte de su abuelo se volviera “*un trauma*”.

Duelo en la infancia y experiencias traumáticas

Para iniciar este análisis se requiere establecer algunas puntualizaciones respecto de lo que significa el duelo, cómo funciona y qué podría ser (o llegar a ser) patológico o traumático para el niño. En este sentido, Freud (1917), en su trabajo *Duelo y Melancolía*, establece que el duelo, por regla general, es la reacción frente a la pérdida de una persona amada o de una abstracción, como la patria o un ideal, que haga las veces de su equivalente. En este sentido, propone que a pesar de las desviaciones que pueda traer sobre la conducta o la vida, no se le considera un estado patológico, ya que pasado un tiempo se le superará y, por tanto, se considera inoportuno e incluso dañino el perturbarlo.

Lo anterior permite situar que el duelo implica un trabajo en que, a partir del examen de realidad, el sujeto se enfrenta con que el objeto amado ha dejado de existir y, por tanto, recibe el aviso de retirar toda la libido enlazada a ese objeto para transmutarla a uno nuevo. Esto implica, universalmente,

una fuerte renuencia considerando que, para el sujeto, no resulta simple abandonar una cierta posición libidinal. Sin embargo, el yo interrogado por el destino del objeto y la posibilidad de compartirlo, se deja llevar por las satisfacciones narcisistas que le representa el estar con vida y desata su relación con el objeto (Freud, 1917a). Como se mencionó, este proceso requiere de tiempo, ya que cada representación del objeto (representación cosa) se encuentra anudada a otras representaciones y se requiere ir paso a paso en su desanudamiento.

Freud (1917a) refiere que, en algunos casos, “esa renuencia puede alcanzar tal intensidad que produzca un extrañamiento de la realidad y una retención del objeto por vía de una psicosis alucinatoria de deseo” (p. 243). Como se aprecia en el caso de Nicolás, la fuerte ligazón que estableció con su abuelo lleva a que el proceso de duelo atraviese por situaciones que, si se presentaran en un adulto, harían pensar en un estado patológico. Sin embargo, al considerar el psiquismo infantil en vías de constitución (Bleichmar, 1984) es posible entender estas manifestaciones como parte del duelo en la infancia, ya que responden a la intensidad que asumen los recuerdos -primordialmente sensoriales- y a la mayor facilidad con que pueden ser reinvestidos vía regresión en este momento.

Así, para Nicolás, la percepción del olor de su abuelo lleva a que de una manera vívida la presencia de este se mantenga. Como Freud (1917b) describe en los casos de *amentia*, el yo rompe el vínculo con la realidad permitiendo que las fantasías de deseo puedan penetrar en el sistema conciente siendo admitidas como una realidad mejor. Por regresión, se excita este sistema y se hace posible omitir el examen de realidad.

Siguiendo el texto freudiano citado anteriormente, la melancolía, que puede considerarse como el estado patológico del duelo, muestra cómo para el yo la relación con el objeto no es simple, ya que en ella se encuentra el conflicto de ambivalencia. De esta manera, Freud (1917a) especifica que en la melancolía transcurren batallas parciales por el objeto donde el amor pugna por desatar la libido del objeto y el odio por salvar esa posición libidi-

nal. Por tanto, a diferencia del duelo donde estas desataduras transcurren con normalidad, en la melancolía el camino se encuentra bloqueado, llevando a que finalmente las investiduras se retiren del objeto, pero para dirigirse al yo produciendo una identificación con el objeto resignado y, de esta manera, la pérdida del objeto se muda en una pérdida del yo (Freud, 1917a).

Tomando estas orientaciones entregadas por Freud se pueden comprender aspectos del duelo en la infancia que lo diferencian de un estado patológico en la adultez, ya que el conflicto de ambivalencia presente en la melancolía es también parte del estado constitucional del psiquismo infantil, lo que determina que este atraviese por las mismas batallas parciales donde se busca conservar y dejar ir al objeto. Como ocurre con Nicolás, la trasposición de su persona con la de su abuelo, como se aprecia en la confusión de la foto, da cuenta de estas batallas donde por medio de identificaciones parciales, busca resignar, pero a la vez mantener su posición libidinal. Al igual que en la melancolía, lo anterior trae costos a su yo al mermar su interés por las actividades escolares y dejarlo en una posición de objeto donde es incapaz de defenderse de las agresiones de los otros.

Como puede extraerse del texto freudiano (1920), la identificación con partes del objeto permite al sujeto asumir la pérdida, pero sólo a partir del haber conservado algo vía introyección. Esto abre paso al proceso de simbolización que se requiere en el duelo en general, pero que en la infancia puede tornarse más complejo a partir de la fragilidad del yo donde se arriesga una identificación con el objeto y no con partes de este.

Aquí es útil tener presente la diferenciación que hacen Abraham y Torok (1987 en Tisseron, 1995) entre introyección e incorporación, donde la primera supone un proceso de simbolización y la segunda, al contrario, da cuenta de una ausencia o de un estado muy primitivo de esta, donde lo que se produciría es una incorporación oral del objeto, la cual implica una regresión a un estado más arcaico y no un paso en los procesos de simbolización y subjetivación requeridos en el trabajo de duelo.

Hasta este punto, los aspectos teóricos expuestos y su relación con el caso de Nicolás permiten comprender algunos de los avatares propios del duelo en la infancia, que permiten a su vez diferenciarlo de lo que sería un estado patológico en la adultez y en la infancia, dando relevancia a las particularidades del psiquismo infantil y cómo se debe permitir su expresión sin buscar restringir o controlar aquellas expresiones que erróneamente se patologizan. No obstante, el hecho de que se puedan comprender como no patológicos ciertos movimientos del psiquismo infantil para atravesar un proceso de duelo, no asegura que en algunos casos este pueda terminar siéndolo. Afortunadamente, en el caso de Nicolás, su familia presente por observación (y proyección probablemente) que su proceso de duelo estaba interferido.

Queda pendiente la dificultad que experimenta Nicolás para ligar sus experiencias y que no se entienden solo por tener en consideración el estado “en formación” de su psiquismo. De esta manera, los elementos desarrollados no explican los puntos de mayor tensión y complejidad que experimentaba el niño, como la fragmentación de los recuerdos y el carácter avasallador y reiterativo de los mismos, lo que a su vez hacía sospechar a la madre que este proceso se convertía en “un trauma”.

En este sentido, se puede retomar lo propuesto por Freud (1920) al considerar traumáticas a “*las excitaciones externas que poseen fuerza suficiente para perforar la protección antiestímulo*” (p. 29). De esta manera, Freud establece que un suceso como un trauma externo puede provocar una perturbación en la economía del organismo aboliéndose el principio de placer lo que resulta en una anegación del aparato psíquico. Así propone que, ante este tipo de sucesos, se requiere dominar el intenso volumen de estímulos para favorecer su ligazón a fin de conducirlos a su tramitación. Sin embargo, lo anterior no quedaría exento de costos para el sujeto, por el contrario, se moviliza una conrainvestidura que conlleva un empobrecimiento de los otros sistemas y que rebaja cualquier otra operación psíquica.

De esta manera, a partir del empobrecimiento

de las funciones psíquicas de Nicolás se puede considerar que la muerte de su abuelo fue un acontecimiento con la fuerza suficiente para perforar su protección antiestímulo y que tuvo como consecuencias un deterioro en su capacidad de ligar y tramitar esta experiencia. Como señalan Aceituno y Cabrera (2014) al atravesar experiencias extremas, se desanudan los espacios y procesos primarios que permiten la elaboración y traducción de lo pulsional afectándose la posibilidad de subjetivación del sujeto.

Sin embargo, como proponen estos autores, este tipo de situaciones no solo representan un problema económico, sino que proponen que la barrera (protección antiestímulo) es una metáfora, la cual no puede ser reducida a una perspectiva biológica en cuanto se encuentra estrechamente ligada a la función que los otros y la cultura desempeñan en la construcción de lo originario. Por tanto, la destrucción de este límite implica también un derrumbe de las garantías requeridas para el ejercicio del pensamiento y la cultura (Aceituno y Cabrera, 2014).

Estas garantías pueden comprenderse a través de la noción de simbolización primaria, la cual refiere a las condiciones y mecanismos necesarios para que el sujeto pueda traducir las experiencias vividas en un campo de representancia a partir de sus operaciones represivas y desde las cuales se extenderá un espacio-tiempo de memoria, pensamiento y vinculación (Aceituno, 2010). Por ello, para que el sujeto inscriba e historicice su experiencia, él debe haber sido previamente objeto de inscripción en un campo de lenguaje y de pensamiento en relación a otros. En este sentido, es fundamental el lugar de la alteridad, en tanto esta determina que este proceso pueda o no tener lugar, ya que el reconocimiento simbólico otorga las garantías mínimas para que la experiencia devenga en diversos destinos subjetivos.

La función del otro y la posibilidad traumática de una experiencia

De esta manera es posible apreciar que el lugar que ocupa el otro en experiencias de gran intensidad no es azaroso, sino que por el contrario desempe-

ña un papel fundamental marcando la diferencia ante la posibilidad de que una experiencia se vuelva traumática o no. Parafraseando a González (2014) en la infancia la protección antiestímulo no es sólo una función intrapsíquica, sino que constituye una *función de crianza* (o de metáfora como ya se expuso), entendiendo esta como la función que desempeñan los padres quienes actúan como filtro ante la cantidad de estímulo proveniente del mundo exterior permitiendo (o no) que estas sean tolerables para el aparato psíquico. Así, siguiendo lo señalado por la autora, la condición traumática de una experiencia en la infancia está asociada a la posibilidad de traducción que el psiquismo parental puede realizar sobre esa experiencia. Lo anterior lleva a la consideración por las características del psiquismo parental, ya que es a partir de sus propios límites y conflictos que actuará de soporte para el psiquismo del niño.

De este modo, el otro parental es sostén y garante del psiquismo infantil, pero a la vez puede representar conflictos para este si sus posibilidades de límite obturan esas garantías. Una manera de analizarlo es a partir de la consideración del niño como síntoma de la pareja parental, donde según Mannoni (1965) implica que el niño encarna por medio de sus síntomas y/o perturbaciones conflictos familiares y conyugales convirtiéndose en soporte de las tensiones sexuales y emocionales de sus padres. Entonces, si el límite entre ambos psiquismos es débil, el niño puede convertirse en el portavoz de sus padres, debido a que los síntomas que se aprecian representan sus propias angustias y formas de reacción ante las angustias de sus padres (Dolto 1965 en Mannoni, 1965).

En razón de lo anterior, el caso de Nicolás ayuda a vislumbrar cómo los conflictos presentes en la trama familiar repercuten en la capacidad elaborativa que puede alcanzar el niño ante experiencias como la descrita. De este modo, es posible apreciar, por ejemplo, como las dificultades de su abuela lo situaban a él como el encargado de restituir la presencia de su abuelo o cómo durante más de un año había ocupado una posición de sostén familiar quedando en él la decisión de dónde iban a vivir y por

cuanto tiempo.

Por otra parte, es posible pensar la función del otro parental desde la clínica de lo traumático, asemejándola a la del testigo. Cuando esta función se borra, se borra también el lugar del Otro haciendo que el acontecimiento asuma otras magnitudes (Davoine y Gaudillère, 2004). En este sentido, posiblemente a partir del proceso de duelo que la madre y el padre estaban realizando, la intolerancia ante los recuerdos y llantos del niño, eran sentidos como un mandato al silencio que cerraba las puertas a una nueva ligazón y una futura inscripción de la experiencia. De este modo, la función de testigo que los padres podrían haber realizado en el momento inicial del duelo, se veía truncada ya que bajo su propio dolor, no lograban validar la experiencia de Nicolás, sino que tendían a minimizarla, acallarla o situarla como patológica, sin que fuera posible darle lugar a la magnitud e intensidad que esta tenía para el niño.

Scalozub (1998) destaca que tanto la angustia como el dolor que puede representar una pérdida para el niño puede generar que la experiencia se vuelva traumática ante la imposibilidad de que este psiquismo otorgue significado a lo acontecido, teniendo en consideración que, en el niño, el desasimiento de la ligazón con el objeto promueve un ineludible estado psíquico de desamparo, que no siempre puede ser tolerado. Es por ello que la autora señala que el tiempo de espera requerido para que el trabajo de duelo tenga lugar se gesta en la trama familiar, es decir, en el ordenamiento de lugares y el establecimiento de vínculos basados en leyes de parentesco, el cual actúa como sostén, permitiendo que las defensas se organicen y que el examen de realidad sea abordable.

Por tanto, siguiendo lo señalado por Aceituno (2013):

para que un episodio traumático pueda ser trabajado subjetivamente (y socialmente) es necesario otorgarle un estatuto de realidad. No hay trabajo posible de duelo o de metáfora sin pasar por esa afirmación fundamental. Es bajo esta condición que podrá tener consecuencias a posteriori (p. 64)

Es posible pensar entonces que la función del

otro, en experiencias como la vivida por Nicolás, es determinante en la posibilidad de que el acontecimiento devenga en traumático o no, en que pueda ser simbolizada o no, en que pueda ser inscrita como parte de una historia o no, en tanto pueda hacerse un reconocimiento de esa experiencia por parte del otro, es decir, entregarle un estatuto de verdad y no continuar con su silenciamiento, para que el duelo pueda comenzar su trabajo.

De este modo, la labor con los padres y la familia del niño ocupó un momento de su tratamiento donde se situó este estatuto de realidad y se generaron espacios donde no se dieran palmadas que pidieran silencio o se atiborrara de abrazos que inhibían el pensamiento para dar paso a la palabra, el recuerdo, la restitución de la trama familiar y, por tanto, la ligazón de experiencias en pos de la elaboración de esta pérdida. Cada miembro de la familia necesitó de un momento de expresión en el espacio transferencial donde se fue estableciendo el impacto de esta pérdida en cada biografía, para luego cada uno ser sostén de la de Nicolás.

El lazo transferencial y sus posibilidades de restitución

Volviendo a la pregunta inicial, donde se pone en tensión la posibilidad de que una experiencia de duelo devenga patológica o no, se mantenga como trauma o no, emerge una nueva función del otro que requiere de ser considerada en el trabajo que Nicolás ha iniciado.

Esta refiere al lugar del analista y al lazo transferencial. En este sentido, retomando lo señalado por Aceituno y Cabrera (2014), una situación común a las experiencias de este orden concierne al lugar de Otro implicado, alteridad que puede definir el acceso a la representabilidad, pensamiento y memoria de la experiencia o que, a la vez, puede determinar que sea patológica cuando el otro pierde su función de garantía. Por tanto, el trabajo con este tipo de acontecimientos alcanza su potencial de transformación en ese mismo lugar, es decir, solo el otro puede restituir lo que el otro destruyó. Esto implica la participación del analista en un sentido técnico y ético que va más allá de los límites de la

neutralidad y la interpretación, sino que se orienta con el fin de admitir un lugar de enunciación a la experiencia y un trabajo de figurabilidad.

Lo anterior a partir de que el efecto de experiencias como la vivida por Nicolás y el borramiento de la función del testigo organizan una memoria que no pertenece al orden de la represión, sino que, por el contrario, queda escindida de las vías habituales de pensamiento, por lo que no puede ser olvidada. Se entiende entonces como una memoria presente, pero que es sin recuerdo porque no se la logra traducir a una representación susceptible de ser ligada a la experiencia.

Como propone Davoine y Gaudillière (en Aceituno y Cabrera, 2014) se requiere de un psicoanálisis al revés, donde prime la función restitutiva que el espacio transferencial puede tener, más que la interpretativa. Estos autores, a partir de la obra freudiana, rescatan el valor de las construcciones o reconstrucciones de la verdad anterior a la palabra, las cuales pueden entenderse como soporte del espacio transferencial, es decir, entregan las condiciones para dar lugar a esas huellas sin memoria, pero que se palpan a través, como se observa en este caso, de experiencias alucinatorias similares a las descritas por Nicolás y que requieren de ser ligadas y pensadas para que pierdan presencia.

Como señala Laub (1992) esta re-externalización del acontecimiento no puede producirse y surtir efecto a menos que se la articule y se la transmita a otro, en tanto es a través de este movimiento que en un segundo tiempo se le puede volver a tomar. Por ello, cobra un importante valor la idea de la autora al señalar que los testimonios no son monólogos, sino que siempre se habla a alguien. Así, “el oyente [l’auditeur] forma parte de la creación de ese saber nuevo. El testimonio del traumatismo incluye así a su oyente, quien es, por así decir, la pantalla en blanco [l’écran blanc] sobre la cual el acontecimiento viene a inscribirse por primera vez” (Laub, 1992, p.7).

En este sentido, es posible ver que, cuando se enfrenta lo traumático, la clínica psicoanalítica requiere de pensar cuidadosamente los pasos a seguir en el trabajo mismo, ya que al verse alteradas las

capacidades de elaboración, figurabilidad y simbolización es necesario realizar un trabajo previo donde se restituya lo originario, entendiéndose esto como un trabajo sobre la restitución de los procesos primarios y secundarios que pueden haberse visto trastocados producto de la intensidad a la que se vio sometido el aparato psíquico infantil tras la pérdida de un ser querido. Luego, cuando algunos de los puentes y ligazones de lo originario se han reestablecido y cuando la función de metáfora (o barrera) que los otros cumplen se ha reforzado, se puede dar paso, como podría llamarse, a una segunda parte del trabajo donde actúe la interpretación, el recuerdo y el olvido.

Palabras finales

A modo de conclusión es posible señalar que a partir del caso expuesto se visualizan elementos metapsicológicos propuestos por Freud en torno al duelo y el duelo patológico susceptibles de ser utilizados para orientar la comprensión del duelo en la infancia, a pesar de que su uso original se encuentre en la adultez.

Del mismo modo, ciertos elementos y puntualizaciones de la clínica de lo traumático permiten identificar posibles dificultades del duelo en la infancia y, a partir de esto, entregar lineamientos clínicos que tienen como fin dar paso a un elemento común que debe ocurrir tanto en los procesos de duelo como en el trabajo con lo traumático, es decir la simbolización e inscripción de la experiencia. Por tanto, a partir del estatuto que la clínica de lo traumático otorga a determinadas experiencias (considerando su intensidad, imposibilidad de ligazón, etc.) se puede comprender el estatuto que las mismas tienen en la infancia, siendo posible establecer que, si bien el duelo en la infancia no es por sí mismo traumático o patológico, puede devenir a tal si no logra inscribirse en la historia del sujeto.

Por tanto, es central la función del otro en este trabajo, ya que es a partir del reconocimiento de estas experiencias que se puede dar paso a la resignificación de las mismas. En este sentido, no debe dejarse de lado el trabajo con y de los padres o cualquier otro significativo para el niño que se en-

cuentra en duelo, porque es a partir de ese trabajo que se forja un piso mínimo y necesario donde el proceso de duelo infantil puede tener lugar. Destinar un tiempo a escuchar lo que los adultos pueden (o no) decir sobre sus pérdidas otorga las primeras líneas para el trabajo clínico con los niños que han perdido a un ser querido y, a la vez, permiten al analista evaluar la pertinencia de que estos adultos busquen sus propios espacios de trabajo en caso de requerirlo.

Al considerar estos elementos e incluirlos en el trabajo con Nicolás, se pudo dar paso al dibujo y a la función elaborativa que se tramita por medio de este. Como señala Roch (en Flesler, 2014) es relevante e imperioso para el trabajo analítico con niños -que han atravesado experiencias traumáticas- que el dibujo tenga lugar en el proceso analítico que permita aparecer no solo historias de la vida real, sino que el niño logre tomar distancia (gracias a la elaboración, figuración y simbolización) y contar otras historias. En el caso de Nicolás, sus dibujos pudieron albergar historias pasadas, reconstruir su despedida y luego transitar a historias ficticias que acompañaron el fin de su proceso de duelo.

Referencias

- Aceituno, R. (2010). *Tener Lugar*. En Espacios de Tiempo. Clínica de lo traumático y procesos de simbolización. Editor Roberto Aceituno. Santiago: Universidad de Chile.
- Aceituno, R. (2013). *Memoria de las cosas*. Santiago: Ediciones Departamento de Artes Visuales, Facultad de Artes Universidad de Chile.
- Aceituno, R. & Cabrera, P. (2014). *Elementos introductorios para una clínica de lo traumático y su elaboración*. En Construcciones. Clínica de lo Traumático y Figurabilidad. Editor Pablo Cabrera. Santiago: Ediciones El Buen Aire.
- Bleichmar, S. (1984). *En los orígenes del sujeto psíquico*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Davoine, F. & Gaudillère, J-M. (2004). *History beyond trauma*. Trad. Susan Fairfield. New York: Other Press LLC.
- Flesler, A. (2014). *Niños en análisis. Presentaciones Clínicas*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Freud, S. (1917a). *Duelo y Melancolía*. Obras Completas, Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1917b). *Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños*. Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1920). *Más allá del principio del placer*. Tomo XVIII. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- González, M. (2010). *Los tiempos en la infancia: Desde la alucinación hacia la posibilidad de recuerdo*. En Espacios de Tiempo. Clínica de lo traumático y procesos de simbolización. Editor Roberto Aceituno. Santiago: Universidad de Chile.
- González, M. (2014). *Duelo y figuras de lo traumático en la clínica con niños*. En Construcciones. Clínica de lo Traumático y Figurabilidad. Editor Pablo Cabrera. Santiago: Ediciones El Buen Aire.
- Laub, D. (1992). *Soporte del testimonio, o las vicisitudes de la escucha*. En testimony, crises o witnessing in literature, psychoanalysis an history. Editores Felmann y Laub. New York: Routledge Taylor and Francis Group.
- Mannoni, M. (1965). *La primera entrevista con el psicoanalista*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Scalozub, L. (1998). El duelo y la niñez. Más allá de las fronteras del Psicoanálisis. *Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires*. Vol. XX (2), 367-382.
- Tisseron, S. (1995). *El psiquismo ante la prueba de las generaciones. Clínica del fantasma*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.